

EDICIONES
Nalvay

OSCAR SIPÁN



CONCESIONES AL
DEMONIO



Colección L mayúscula

©Texto: Oscar Sipán Sanz 2011

Primera edición: Septiembre 2011

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.

©Ilustración de portada: Óscar Sanmartín 2011

Diseño de la colección: A. Peralta

©Ediciones Nalvay 2011

www.edicionesnalvay.es

ISBN: 978-84-937518-6-9

Depósito legal:

Printed in Spain. Impreso en España por:

Calidad Gráfica

Plataforma Logística Plaza

C/Bari, 15

50197 Zaragoza

OSCAR SIPÁN

CONCESIONES AL
DEMONIO

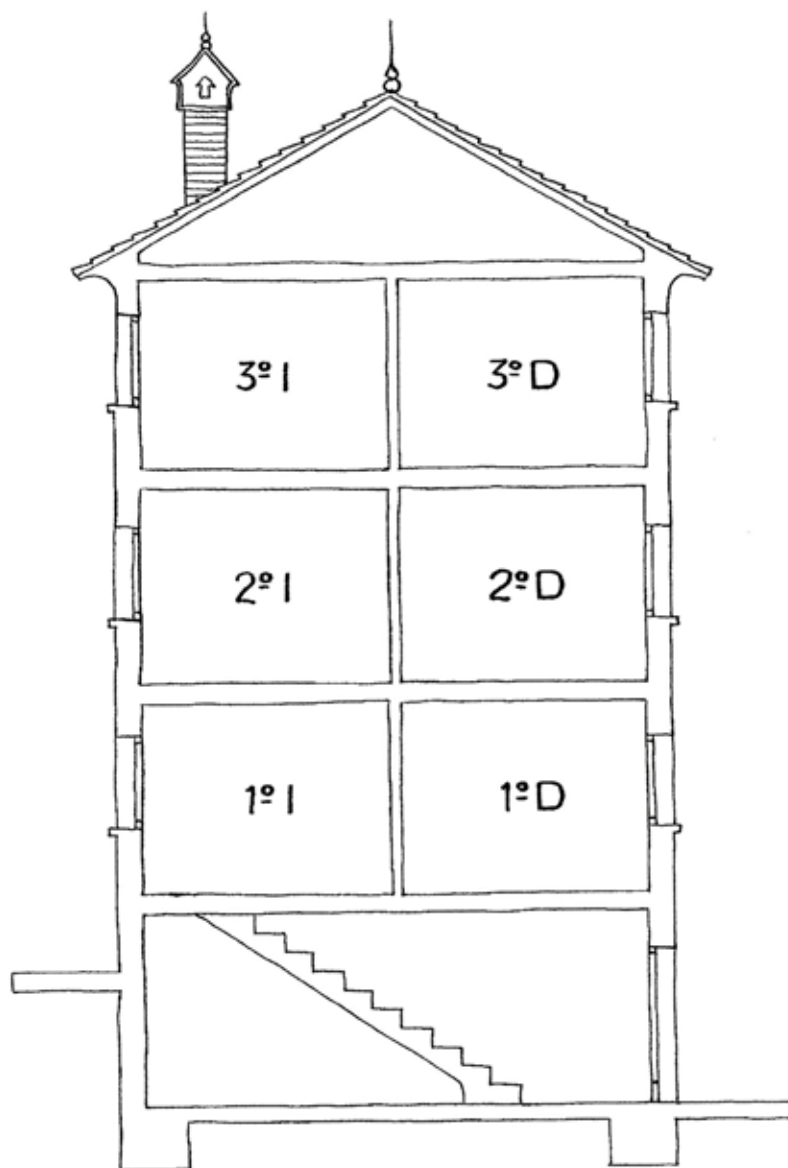
*Señor, déjanos caer en la tentación
y no nos libres de ningún mal:
permítenos creer que estamos vivos.*

ABILIO ESTÉVEZ

A la gente le gusta sentir, sea lo que sea.

VIRGINIA WOOLF

EDIFICIO ZABULÓN



I

Lux in ostio – Luz en la puerta

MAMÁ DECÍA que en una casa la sombra de un hombre era muy importante. Pienso en ella, en sus frases lapidarias y refranes de otro tiempo, en su talento natural para la indiscreción, mientras tiendo la camisa favorita de Leandro. Alzo la vista para localizar el maullido de una gata en celo y encuentro al ex ciclista profesional, la joya de la comunidad, mirándome el escote con una taza de café entre las manos.

Hace una mañana soviética. En el autobús que me lleva al centro observo a la gente, invento su pasado y los clasifico antes de clavarlos en mi colección de insectos: cajeras de ropa ceñida y mala suerte, jubilados desollando recuerdos como cabelleras de colonos, hijos del remordimiento, Mata Haris de hipermercado, pintores infravalorados, zánganos, fanáticos de Cristo y fanáticos de *Johnnie Walker*. Un vendedor se quita el anillo de casado antes de iniciar una

conversación con una chica ecuatoriana. Un estudiante detiene su avance al descubrir el cartel de *Prohibido hablar con el conductor*. Un chino de mediana edad se limpia las gafas con la manga de la camisa y me mira, descubriendo mis secretos (si mil millones de chinos tuvieran al mismo tiempo una premonición, se cumpliría). Un maniquí a medio vestir me clava sus pupilas vacías en una tienda de trajes de boda. Una niña con coletas hace una pompa de jabón y me sonrío, infundiéndome valor, como esas corrientes tropicales que derriten los polos: *è una festa la vita*.

Me suena el móvil, lo busco en el infierno del bolso.

—¿Leandro Aspergés?

—No, soy su mujer.

—Hola, ¿cómo está? Soy el administrador de fincas. Llamo para recordarle que hoy, a las nueve, tenemos la reunión de vecinos. ¿Asistirá usted o su marido?

—Asistiré yo; mi marido está muy ocupado, gracias.

Llego puntual al trabajo, pero antes dejo un traje de Leandro en la tintorería (el de paño escocés que tan bien le queda). Nadia, mi compañera, acaba de levantar la persiana metálica. Guapa y con una marcada tendencia a la depresión, es una naranja amarga. Comparto con ella esa naturalidad para el dolor de las que nacimos de parto difícil. Tiene cuerpo de nadadora de *crawl*, un piercing de alpaca en la nariz, una voz plana y nasal y una bonita

melena pelirroja; algún día será una nodriza triste. Cree, y es un pensamiento caminado, que la suerte duerme en el amuleto de cristobalita que cuelga de su cuello. Dice que no acaba de cogerle el truco a crecer. Pero lo cierto es que le faltan dientes para morder la vida.

Lorenzo Monsanto estuvo ayer en la zona Norte, comenta muy seria, nada más saludarme. Lorenzo Monsanto es el nombre con el que hemos bautizado a un falso cliente, a un fantasma a sueldo que la Central emplea para controlar las franquicias. No tienen suficiente con que alcancemos los objetivos de ventas. Quieren conocer, además, cuánto tiempo invertimos en atender, cómo vamos vestidas y si cumplimos los horarios y la normativa de limpieza. Ese cliente misterioso, ese verdugo que vendrá y ejecutará, ha inoculado la bacteria de la desconfianza en Nadia que, aun protegida por los ansiolíticos, radiografía cada rostro y cada gesto en busca de respuestas.

—Es él —dice *sotto voce* dos veces al día. Pero nunca es él.

A media mañana, con un frigorífico, un televisor de plasma y una tostadora vendidos, un repartidor sube a la acera y aparca la moto delante del escaparate. Se demora un par de minutos fumando un cigarrillo, envía un SMS con media sonrisa en los labios y luego entra trastabillando con un ramo de rosas rojas. Involuntariamente, Nadia aprieta los labios y acaricia el amuleto con la mano izquierda, pero

el ramo es para mí. Firmo la hoja de entrega y me recreo en la tarjeta.

—Vamos, no seas así, léela en voz alta... —me suplica.

—*Eres la inspiración de mis días, la espiración de mis noches. Gracias por estos dos años. Firmado, Leandro.*

—¿Cuándo podré conocerle? Tienes mucha suerte, de verdad —suspira Nadia—. Mi madre, que se ha casado hasta con el ascensorista de la Torre Eiffel, dice que los príncipes azules siempre van armados—. Y ríe con un relincho de yegua joven que se transforma en una mueca lastimera. Luego sale a fumar a la calle, sin alejarse demasiado, como una monja de clausura mirando el mundo desde la puerta del convento.

En la barra, cinco hombres y una mujer beben con una sed de origen incierto. Suelo comer aquí dos veces por semana. Pido una ensalada de queso y nueces y un agua y me dedico a estudiar este microuniverso del que también formo parte. Dos árabes hacen negocios sobre una servilleta aceitosa. Antonio, el camarero, fideicomiso de las penas y secretos del bar, nos mira como a muñecos de guiñol. Siempre repite una frase: *demasiados cuerpos para tan pocas almas*. Le sirve un whisky con hielo a un tipo que acunado por el alcohol, la compañía y la música de las máquinas tragaperras, la *bossanova* de los pobres, no tarda en quedarse dormido. Una vez me contó que aquel hombre observaba a la clientela todas las mañanas, a pri-

mera hora, apuntando datos en una libreta roída, formulando disparatadas teorías, y en función de los colores que predominaban, decidía acudir al trabajo o marcharse a casa. Había marcado sus propias normas y las seguía a rajatabla. Se comportaba como un dios comprensible y extraño.

Después de comer, los martes y los jueves me convierto en lectora para invidentes y ancianos con dificultades visuales. Siento placer al escuchar mi voz y mi voz proporciona placer a otros. La residencia huele a desinfectante y a bata de franela, a sirena de ambulancia, a ungüento para varices, a muerte detenida. Al entrar en la habitación, encuentro a Andrés tumbado en la cama con los ojos cerrados y una gran erección. El ciego parece oler mi sonrojo y se cubre instintivamente con la sábana. Me ponen nerviosa las narices de los ciegos, orificios velludos que ejercen de ojos certeros. Al saludar, detecto en ese rostro equino y vertical un asomo de orgullo. Andrés perdió la vista en un accidente de coche, veinte años atrás, durante unas vacaciones en la India. Un camión le embistió mientras contemplaba a una mujer peinándose en el arrabal de Sikandarrah; me dijo muy serio que primero vio pasar su cadáver flotando en el río Ganges y dos días después sucedió. En nuestro primer encuentro me confesó que el recuerdo de esa desconocida que se había llevado el mundo le acompañaría el resto de sus días; que en ella, y no

en su madre o en las pocas novias que tuvo, pensaría en su último estertor. Su sinceridad, en estos tiempos de camuflaje e impostura, consiguió enternecerme. Estamos leyendo, por petición expresa de Andrés, *Tokio Blues*, de Haruki Murakami. Cuando llevamos veinticinco minutos de lectura, me interrumpe. *Me gustaría volver a escuchar el último fragmento*, dice educadamente. Lo repito dramatizando cada palabra, sintiéndome bajo el foco imaginario de un teatro. «*Por profunda y fatal que sea la pérdida, por importante que sea lo que nos han arrancado de las manos, aunque nos hayamos convertido en alguien completamente distinto y solo conservemos, de lo que antes éramos, una fina capa de piel, a pesar de todo, podemos continuar viviendo así, en silencio*». De repente, un violento episodio de hipo me obliga a detenerme. Bebo un vaso de agua, camino, contengo la respiración, intento doblegarlo: pero el hipo, como la erección de Andrés, permanece allí. Me despidió entre disculpas y abandono la residencia.

Las escaleras mecánicas me depositan en el centro comercial. En este lugar donde no se piensa todo está pensado; en los hormigueros o en las colmenas queda más espacio para la improvisación. Todo es nuevo e indoloro. Es un templo para reincidentes y los reincidentes nos sentimos bien. Escojo compulsivamente la ropa y escucho conversaciones en los probadores (*Tenia tanto miedo a perderla que la mató. Desconfío de todo el mundo, incluso de ti. Cuando*

vengan los OVNIS, estaré preparada. Mi padre ahora dice que quiere ser nómada: ja, ¿qué diablos significa eso?). La música y los colores invitan a la felicidad, y la gente se refleja en el suelo de mármol recién pulimentado. Un guardia de seguridad le pide a una chica embarazada, en un tono de voz que le convierte en el vigía de occidente o en un oráculo, que abra la bolsa. HA LLEGADO LA ECOSFERA, reza el cartel de un escaparate. Se trata de una especie de acuario herméticamente cerrado donde las algas hacen la fotosíntesis y alimentan a los camarones. Y el propietario se limita a contemplar ese sencillo ecosistema durante años. Sin preocuparse por sus mascotas. Sin darles nada. Como un dios voyeur espiando a sus inquilinos. Compró un pañuelo de seda. Pago en efectivo y me devuelven un billete con un número de teléfono y un nombre de mujer: Tacha. Al salir a la calle, los vencejos intentan suicidarse como kamikazes que amaran la vida: no tardará mucho en llover.

Llego sofocada al trabajo. La tarde se hace muy larga, apenas entran clientes en la tienda. Miro pasar las sombras de los jubilados y las amas de casa por delante del escaparate. Nadia, que libra dos tardes a cambio de trabajar el sábado, ha olvidado bajo el mostrador una de sus revistas de moda: fotos comprometidas de famosos, cotilleos, entrevistas insulsas, pruebas de maquillaje, los colores de la nueva temporada, un test de pareja. Decido hacerlo para

pasar el tiempo. 1) –*Cuando estoy con él, siento que:* A) –*Puedo mostrarme tal cual soy.* B) –*Debo cambiar algunos rasgos de mi personalidad para llamar su atención.* C) –*Tengo que dejar de hacer y de decir las cosas que quiero.* Tonterías. No existe test que pueda atrapar lo que siento por Leandro. El test no habla de sus ojos serenos manchados de viajes, unos ojos que azulean con la lluvia o los malos presagios, de cómo se enfría cuando se corta el pelo o de cómo encaja mi barbilla en el hueco de su pecho. Por él me quité el luto de mamá. No me interesa el mundo lejos de sus brazos. No desandaré otra vez el camino de baldosas amarillas de Oz.

He dicho que te daré a la salida, le grito al mendigo que me tiende una mano y me señala con la otra un cartel hecho por ordenador con letra *Britannic Bold*. La iglesia huele a incienso y lejía. Flotan en el aire partículas de polvo viajero. Me santiguo con el agua tibia y bendita. Desde niña, me confieso una vez a la semana. Leandro me provoca y se burla diciendo que el arrepentimiento cristiano es como la borrachera de Martini: dulce en la madrugada, desoladora al amanecer. Pero la verdad es que me gusta estar casada con un ateo varonil y desnortado. Una anciana reza con tanta intensidad que podría introducirse en la cabeza de Dios. La cortina del confesionario está echada, así que me siento en un banco próximo y me recreo con el efecto extraño de las vidrieras de colores sobre el hombre crucificado. Aplasto un mosquito en mi cuello, sangre de mi

sangre. Fuera se desata la primera tormenta del verano y un rayo me sobrecoge y me traslada a otra tormenta, a una cama de hospital, dos años atrás. Acaban de darle la extremaunción y mamá agoniza. Miro su rostro hemofílico y doliente y le doy la mano mientras cruza al otro lado. Le besamos con dulzura, en la frente, la morfina, la muerte y yo. Su corazón deja de latir y se queda fría. El viento y el agua golpean el cristal con furia y yo me siento tan sola, tan perdida, que busco un milagro o el consuelo del sacerdote; pero éste solo me ofrece un puñado de palabras desgastadas y nada más.

La cortina se abre y de ella sale, con el avance de un cortacésped, una anciana de piel cérea y labios de carmín. Parece aliviada, como si hubiese arrojado una pesada carga al fondo de un pozo, y me sonríe con ingeniería angelical. Entro en el confesionario y me arrodillo. A través de la rejilla veo una sotana cuarteada y una mano venosa y regordeta con un anillo de oro. Utilizamos las fórmulas de cortesía. El cura respira como un perro trufero. Como no tengo pecados destacables, los invento. *Confieso que he robado dinero de la caja registradora en dos ocasiones. Confieso que, en un ataque de celos, decidí seguir a mi marido por la calle. Confieso que llevo años posponiendo viajes y disculpas. Confieso que he dejado de visitar la tumba de mi madre.* Mis mentiras parecen deslumbrarle. Indignado, con esa superioridad de los escogidos por Dios, escanciando el bien y el mal, me castiga con tres padrenuestros. Cumplo

la penitencia en una capilla y salgo a la realidad apretando una moneda que no regalaré.

En el espejo del portal veo a una loca peligrosa recién fugada del psiquiátrico. Llego diez minutos tarde a la reunión, estoy empapada por la lluvia. Recojo el correo (publicidad de un crucero por el Mediterráneo, la factura del teléfono, la octavilla de un vidente que se autoproclama el *Nostradamus africano*, la carta *personal* de un alto cargo que termina legislatura y una revista de numismática para Leandro) y me adentro en el cuarto de la caldera. Pido disculpas (*En cuanto caen cuatro gotas, la ciudad se colapsa*) y saludo a los vecinos y al administrador de fincas que, moreno de jugar al golf, corbata azul cielo de seda, mirada de halcón joven y hoyito en la barbilla, se maneja con la falsa modestia del que tiene demasiadas virtudes.

—Bueno: ahora que estamos todos, si os parece, comenzamos. Conforme a lo dispuesto en el artículo 16 de la Ley de Propiedad Horizontal, se convoca la Junta General Extraordinaria de la Comunidad de Propietarios del Edificio Zabulón. El motivo de esta reunión es para tomar medidas legales respecto a las cartas amenazadoras que los vecinos habéis estado recibiendo en los últimos meses. Creo que hemos aguardado un tiempo prudencial para que cesaran y ahora nos toca actuar. ¿Estáis de acuerdo?

Hace un calor del demonio. Los seis personajes que

formamos parte de esta ópera bufa (el joyero con fama de mujeriego, el jubilado solitario, el ex ciclista profesional, el escritor de novelas de espías, el padre de la niña marcada y yo) nos miramos en una atmósfera cargada de desconfianza y gasóleo de calefacción. El jubilado arremete contra el cartero, impuntual y tatuado; argumenta que una mañana le sorprendió hurgando en su correspondencia. El presidente de la comunidad, el ex ciclista, propone recoger al día siguiente las cartas y llevarlas a la policía, junto con el acta de la reunión firmada por todos. *Quizá puedan encontrar huellas dactilares en los próximos anónimos*, expone. *¿Y cómo sabe que llegarán nuevos anónimos?*, le increpa ladinamente el escritor de novelas de espías. De repente, la puerta se abre y entra la niña a la que marcaron en el parque con una esvástica. Nos quedamos en silencio, observándola. Camina muy segura, con ese aire de ensueño de las desequilibradas. Parpadea y se recoge el pelo tras la oreja.

—Papá, no encuentro mis llaves.

—Cariño, aquí tienes las mías. Mamá no tardará en llegar.

Cuando sale, algunos vecinos le preguntan por su estado. *La psicóloga dice que va bien, pero yo tengo mis dudas: a raíz del incidente, ha cambiado mucho, parece mayor que las de su edad. Suele gritar en sueños. Miente y contesta a su madre. Ha bajado la nota en todas las asignaturas...* En ese preciso instante escuchamos el estallido de un trueno y, a continuación, nos quedamos a oscuras, dando por finalizada la reunión.

A la luz de las velas, la espuma de la bañera recuerda a la nieve sucia de las cunetas. El agua templada me relaja de inmediato. Estiro el brazo, medio adormilada, y alcanzo la botella de vino. Me sirvo una copa y la levanto al cielo. *Hija mía, no te quedes sola, búscate un hombre bueno y cástate*, me decían las amigas de mamá en el tanatorio, cogiéndome firmemente de las manos, abrazándome con su perfume mezcla de sudor, lágrimas y agua de Lourdes. Así lo quería mi madre. Y yo debía encontrar a un hombre con el corazón y las pelotas de oro. Como si se pudiesen elegir en un vivero o en un catálogo. Como si quedarme para vestir santos no fuese mejor que desvestir borrachos. Estadísticamente es más fácil que te aplaste un meteorito que encontrar el amor verdadero. La escasez de hombres buenos es el auténtico drama del siglo XXI. Cansada de besar sapos con sabor a vodka que nunca cambiaban de forma, de tipos mediocres que salían volando en cuanto detectaban el fantasma del compromiso, en ese vía crucis absurdo de sábanas manchadas de esperma y de *ya te llamaré*, decidí apuntalar el miedo y calafatear mi corazón: me construí un marido con los restos del naufragio. Me sirvo una segunda copa y brindo en voz alta. *Por ti, mamá, no sabes cómo te añoro*. Hay algo reconfortante en la tristeza: la alegría es demasiado fugaz.

Y la esperanza viaja en brindis solitarios.

Llaman a la puerta. Salgo de la bañera y busco a tientas el albornoz. A través de la mirilla veo la sombra de un hombre. Y sé que es él, mi amor incorruptible: Leandro Aspergés, cortafuegos de mi soledad.

Índice

- I.- Lux in ostio – Luz en la puerta.*
11
- II.- Pastor et nauta – Pastor y navegante.*
25
- III.- Flos pilae aegrae – Flor de las columnas
enfermas.*
45
- IV.- Draco depressus – El dragón perdido.*
57
- V.- Ex undarum benedictione – De la bendición
de las olas.*
69
- VI.- Bellua insatiabilis – La bestia insaciable.*
91
- VII.- Gens perversa – El pueblo perverso.*
103
- Nota del autor.*
119

